



# EL ADIOS A LAS VIEJAS ESTATUAS

NEMESIO  
ANTUNEZ

"Sí, aquí  
soy feliz.  
Hay tantas  
cosas,  
tantas  
posibilidades  
de hacer  
cosas..."

Los adjetivos para calificarlo abundan: dicen que es introvertido, poco amigo de las largas respuestas, difícil. Que cuesta llegar a él por otro conducto que no sea la observación de sus cuadros, esa multitud de seres pequeños, aplastados por la civilización, y desde ahí desenmadejar los hilos que conforman su personalidad. De pie ahora, y frente a la enorme fosa, vestigio de lo que era hasta hace poco el patio de las estatuas del Museo de Bellas Artes, Nemesio Antúnez —su director— no es más que un niño deslumbrado con su último juguete.

—¿No cree que esto es una maravilla? —señala, y el olor a cemento húmedo, las paredes con esqueleto metálico que se levantan en el interior del edificio, la caravana de obreros con palas y picotas, todo se transforma de repente en un mundo vertiginoso con las palabras del artista—: Aquí abajo, una gran sala de exposiciones, helechos que cuelgan de los balcones, luces de una cafetería abierta al parque. Toda la historia del arte chileno reflejada en distintas salas en el piso superior; desde la época precolombina hasta hoy. Los rincones, todo lleno de gente, de vida y excitación y nunca más la tumba que era hasta hace poco este Museo.

Imposible es entonces descubrir a Nemesio Antúnez hombre, sin contemplar con él diez y más veces los planos del edificio refaccionado; sin oír atentamente los detalles de su entusiasta explicación; sin introducirse en el mundo del pintor, arquitecto y ex diplomático chileno, que hoy nos muestra su última obra: la remodelación del Museo de Bellas Artes.

—¿A estas alturas de mi vida?... Sí, estoy contento porque hay tantas cosas, tantas posibilidades de hacer cosas. Podría encerrarme en mi taller a pintar. Nada más. Y viviría, porque mis cuadros se pagan. Pero creo que el arte encierra hoy la proyección del artista a la sociedad. No creo en la inspiración fugaz, en el individualismo cerrado. Ni tampoco hago esto porque me gusten las "pegas"; una vez que se acaba, tal vez me vaya, tal vez me quede. Todavía no sé...

La voz es reposada, los ojos azules sonrientes. Una timidez inusitada, de repente sorpresa y la constante ayuda de sus manos para reafirmar los conceptos. Nemesio Antúnez camina por la sala repleta de estatuas y cuadros amontonados y su figura estilizada —un metro noventa aproximadamente— viste pan-

talones oscuros, camisa de jersey negro, chaqueta y bufanda tejida a telar. Hace dos años, mientras se desempeñaba como Agregado Cultural en la Embajada de Chile en USA, recibió la propuesta de "cranear" un nuevo rostro para el Museo de Bellas Artes. Pensó: ¿por qué, si en todo el mundo se están ofreciendo las mejores exposiciones, éstas jamás pasan por Chile? Entonces surgieron en su mente todas las posibilidades de inyectar savia en nuestro principal centro del arte, las propuso, e inmediatamente desde el Ministerio de Educación le llegó el llamado para retornar a Santiago y realizar el proyecto.

—Me clavé —señala— y ahora me interesa que esto salga luego adelante. ¿La pintura?... Por supuesto continúa, de viernes a domingo en mi taller de Miraflores. A principios de este año Antúnez realizó su última exposición, el "Observatorio", en la Sala Forestal. Los seres anónimos como hormigas, pero esta vez con la presencia de objetos y las cumbres andinas. También canchas de fútbol y la dimensión cósmica en la obra del artista.

## en la cantera del san cristóbal

Nemesio Antúnez nació en 1918 y recuerda que se acercaba a los veinte años cuando cayó en el "estado hipnótico de la pintura". Un hogar establecido, ideas tradicionales y tres hermanos: Enrique, Jaime y Laura, cada uno con inquietudes artísticas que no germinaron hasta después de haberse matriculado en la universidad, para evitar el descalabro familiar. Sólo como un pasatiempo podía considerarse la afición de Nemesio por coleccionar tarjetas postales, todas las que cayeran en sus manos. El gusto por los libros de arte vino más tarde. Tenía diecisiete años cuando en su colegio (Padres Franceses) lo premiaron por ganar —junto a José Piñera— un concurso de oratoria en francés. El galardón: un viaje a Francia. La travesía en el carguero "Alabama", el descubrimiento de que existía otro mundo fuera de las cuatro paredes del hogar, fue la primera puerta abierta en el camino del arte. "Fue un cambio radical en mí; pertenecía a un mundo limitado y de pronto descubrí los museos, los cuadros, un nuevo horizonte en mi vida. A la vuelta estudié arquitectura en la UC". ●●●

**Entre estatuas,  
cuadros,  
grabados y obras  
de arte, Nemesio  
Antúnez piensa  
en el "nuevo"  
Museo que  
tendrá Santiago.**



Los planos, las maquetas se complementaron con unas clases de acuarela en la cantera del cerro San Cristóbal. Las acuarelas empezaron a chorrear de colores y agua de lluvia, y el joven estudiante se dio cuenta de que también podía participar de este arte hasta ahora desconocido, más allá de su papel de simple coleccionista. También podía hacer cosas "rajadas", entonces vinieron los bocetos de manos, extremidades y piedras, siempre muchas piedras. La naturaleza, la geografía. A estas alturas de la conversación, Antúnez es la imagen de un muchacho entusiasta. Jamás hurao, introvertido y enemigo de las largas respuestas.

—Pero también tenía que sacar un título universitario y lo hice en 1942. Al año siguiente recibía una beca de postgrado en la U. de Columbia, USA. Nueva York fue su principal consejera y lo impulsó a emprender rumbo definitivo por el camino de la pintura: el mundo de las enormes construcciones, los edificios que aplestan, la individualidad perdida, lo llevaron a concebir su primera exposición "Habitantes en la ciudad".

—Esa nueva dimensión del hombre, las multitudes neoyorquinas, todo contribuyó a que mi necesidad de expresar vivencias a través de la pintura fuera en aumento. La arquitectura es maravillosa también. Creo que habría sido un buen arquitecto, pero de sólo pensar en sus mil reglas (las señoras que piden que se hagan las cosas a su gusto, la compra de materiales, etc.) me di cuenta de que mi deseo de crear era ilimitado, algo como una liberación.

### **retorno a chile**

No fue únicamente la pintura su principal descubrimiento en Nueva York. También allí conoció y se casó con Inés Figueroa, chilena y de cuya unión nacieron Pablo (21) y Manuela (15). De la "niña", Antúnez confiesa: "Manuela ha demostrado interés por el arte y recibe clases de Rodolfo Opazo y Valentina Cruz. Tiene inclinación y deseos

de trabajar, y eso es lo que vale. Creo —como Goethe— que la clave del éxito es combinar trabajo en un 90 por ciento y talento en un 10 por ciento. No creo en las facilidades innatas, sin disciplina".

Para Nemesio Antúnez, pintar nace del acto de pintar. La inspiración aislada es un mito y tal como un día de primavera lo motiva, también puede hacerlo la combinación de dos colores en el taller. "Se acabó la época de los pintores de boina, instalados en un bar, esperando la "iluminación divina". Yo me instalo con mis instrumentos frente a la tela y... sucede. Una mancha, una experiencia vivida que cobra forma sin esquemas previos".

Después de los diez años vividos en USA, matizados con penurias y alegrías (así como tuvo que sacrificarse diagramando una revista femenina, se dio el gusto de estudiar grabado en el taller de William Haytor), Antúnez se trasladó a París, donde vivió otros dos años. En 1953, el viaje de regreso a Chile.

—¿Por qué?... No sé, algún día había que hacerlo y el retorno sirvió de mucho.

La formación del Taller 99 de grabado, las clases en la Universidad Católica, la dirección del Museo de Arte Contemporáneo, todo contribuyó a borrar la imagen del solitario que de él se tejió. El artista aislado moría. Antúnez se dio cuenta de que no bastaba con quedarse con lo aprendido; por algo había traído una prensa desde Nueva York. Comenzaron a llegar los amigos, otros artistas, sus alumnos (Vilches, Roser Bru, Irrarázaval). Empezaba a "hacer cosas", esas cosas que para él son inherentes al artista actual. La juventud se convirtió en su debilidad: organizó concursos para pintores jóvenes, le otorgó un carácter más pedagógico a su actividad.

### **embajada con pincel**

Sin embargo, nunca pensó que su actividad presente era la final. De ahí su

alejamiento del Taller 99 ("bastaba con echar las bases"), luego del Museo de Arte Contemporáneo, y de pronto su nominación como embajador cultural de Chile en Washington (1966). A los pocos meses de su llegada a Washington, pedía el traslado a Nueva York, y en esa misma ciudad contrajo su segundo matrimonio con la boliviana Patricia Velasco. ("Definitivamente allí se me pegaba el espíritu santo", confiesa.) Más detalles sobre su vida privada es prácticamente imposible conocer; la oficina es intimidante, las respuestas breves del entrevistado al respecto aconsejan desviar el rumbo de la conversación.

Antúnez tiene reconocido pedigríe internacional. En 1957 obtuvo el premio Wolf otorgado al mejor pintor latinoamericano; uno de sus cuadros de la serie "Cordillera" se exhibe en el edificio de las Naciones Unidas, y algunas de sus telas recorren en estos instantes Venezuela y Colombia. Sin embargo, todas estas experiencias no logran inquietarlo tanto como la posibilidad de vestir de colores, luz, sonido y movimiento el Nuevo Museo de Bellas Artes y convertirlo en el principal paseo santiaguino. Sonriendo, esboza un slogan: "Juntémonos en el Museo".

—¿Por qué los jóvenes?... Es algo que nace; las situaciones se abren hacia ellos y ellos determinan, por ejemplo, que el lugar más atractivo de Santiago es el "Drugstore". ¿Por qué también no convencerlos; no ofrecerles algo más que música beat? Quiero que éste sea un centro pedagógico, pero tan estimulante, con tanta electricidad como el mismo "Drugstore". El aporte de la cultura es esencial. Pero no sólo habrá lugar para ellos: tal como se pretende unir tendencias diversas, arte protesta, kinético o abstracto, queremos hacer del Museo una cosa nacional y universal, cautivando a ese público que viene los sábados y domingos al parque, y no se atreve a entrar al edificio. En lo posible usaremos micros y locomoción especial para traer gente desde poblaciones, y al mismo tiempo mostrar exposiciones portátiles en distintos lugares.